

jana, recordada con seguridad en la densidad cultural de otro país cuya distancia sirve para eliminar barreras de incompreensiones y prejuicios.

### INFANCIA ROBADA (1).

Su ternura hacia la infancia desvalida ha impulsado, seguramente, a Vicente Parrini Ortiz a escribir «Había una vez», tomo de cuentos publicado en 1946, e «Infancia robada», que se terminó de imprimir el 31 de octubre de 1947. La glosa que llena las solapas de este último libro afirma sin titubeos que Parrini ha cumplido una obra sin precedentes en Chile, ya que por primera vez se llevan a las páginas de un libro «páginas doloridas y esperanzadas» protagonistas del complejo y abandonado mundo de la infancia, para comprensión y valoración del adulto.

El contenido del libro de Parrini no contradice en forma absoluta la afirmación enfática de la glosa y da una impresión de ternura y de sarcasmo, de capacidad narrativa y de lirismo y de un profundo odio de clases que convierte en unilateral lo que pudo alcanzar el terreno limpio de lo estético y convencer sin explicaciones, ni discursos, ni alardes. Podrían aislarse también los recursos descriptivos del autor siempre análogos, dotados de un lirismo que no irradia por sí mismo y que debido a esto último, incapaz de sugerir, se refugia en la oratoria breve, cargada de metáforas que, por fortuna, casi nunca se inmiscuye en los diálogos, dejando aparte y a salvo la factura directa del relato naturalista. Comparado este tomo de cuentos con su antecesor «Había una vez», se advierte un progreso notorio que no se refiere a la técnica literaria en sí misma sino, más bien, a la percepción humana, de los protagonistas, captados en su dramaticidad y violencia, en su ingenuo aspecto unilateral, de seres muy malos o muy buenos, pero libres de ventolina retórica

---

(1) Ediciones Anteo, 1947.

y de ese afán enaltecedor, falso y bonitillo que perjudica obras en Chile, dignas de mejor suerte.

Falta, no obstante, una mirada más justa, una observación contenida en un número inferior de recursos, pero de tal precisión que economice el asombro del propio autor y ese anhelo enfático con que pretende subrayar lo que presume sin los relieves necesarios. El buen lector es como un espejo y capta todo aquello que implica un efecto vigoroso y exacto, aunque el autor considere al esbozarlo que podría aún ser más fuerte e impresionante. También es necesario mirar con parsimonia, con atención fría, sin cegarse, sin malograr la realidad dramática con la alucinación desorbitada que no convence tampoco como fantasía si no se basa en la observación justa, verídica y grácil.

La riña popular de nuestros rotos, por ejemplo, impresiona como un juego de niños que se aproximan y se apartan, dando pequeños saltos. En la mano derecha está el corvo o el vulgar cortaplumas ciudadano, y en el antebrazo izquierdo se enrolla la chaqueta como un escudo cilíndrico y movedizo. Es casi un hecho rutinario y ritual que se interrumpe, de improviso, con el tajo certero a veces mortal. Vicente Parrini lo ve de otro modo: «Sus cuerpos tambaleaban como dos orangutanes enloquecidos. Se abalanzaron uno sobre otro. Tiburcio logró esquivar un terrible tajo a una de sus orejas, para tomar luego la ofensiva, alcanzando con su cuchilla el hombro izquierdo del Pata de Palo. Arreciaba la lucha jadeante de los hombres. El grupo estimulaba con sadismo la pendencia». Luego sigue el verbo pisando los talones a la acción y perfilando tendencias erróneas muy subsanables en un escritor joven, fecundo y promisorio como es Parrini.